

Lógica para subdesarrollados

Por Alejandro Vegh Villegas

Tomado de Orientación Económica

La evolución de la América Latina durante los últimos años nos muestra, entre otras características de interés, la decadencia visible de los mitos y los sofismas que pretendieron sustituir a los principios fundamentales de la teoría económica y de los que existe abundante ejemplo en el pensamiento indigente y la prosa indigesta de los manuales de desarrollo.

Sería difícil exagerar el daño causado por esta pseudo-ciencia, plagada de neologismos, pleonasmos y tautologías en su retórica carente de claridad conceptual e ignorante de las limitaciones básicas sobre escasez de los recursos disponibles y consecuente necesidad de opciones políticas en la conducción económica. Pero acaso este daño inmediato sea compensado en el largo plazo por la experiencia que pueda extraerse de estos errores y el abandono de un camino extraviado para el crecimiento. Ya se observan, afortunadamente, síntomas visibles de una saludable reacción en tal sentido de la que son testimonio elocuente las políticas económicas adoptadas en Argentina y Brasil, las dos grandes naciones de la América del Sur.

Para que este beneficio sea significativo es preciso, sin embargo, aguzar el ingenio y dedicar algún tiempo a la autopsia de este cadáver académico que podemos simbolizar bajo la denominación de «lógica para subdesarrollados» y que ha oscilado permanentemente entre el bizantinismo metodológico y la lujuria estadística.

Comencemos por plantear la siguiente interrogante: ¿cuál fue el error fundamental de la difunta doctrina? A nuestro juicio, el de pretender exceptuar a una determinada categoría de países, arbitrariamente agrupadas bajo el eufemismo de «subdesarrollados» del campo de validez de las normas de la lógica y de la ciencia económica y construir para ellos una nueva teoría en un reino del absurdo que a veces trae a la memoria las aventuras de Alicia en el País de las Maravillas. En esta hipótesis de excepcionalidad reside el error fundamental. De ella nacen los múltiples errores secundarios, una especie de subproductos de esta contradicción inicial.

Es muy curioso el sistema económico inventado por los doctrinarios del subdesarrollo. Sobre pasa en mucho a la más ardiente imaginación de los teóricos del marxismo que, por cierto, jamás incurrieron en desvaríos semejantes. Es un sistema donde no rige la ley de la oferta y la demanda por ser ambas perfectamente inelásticas ante el movimiento de los precios, donde no funciona por tanto el mecanismo del mercado, donde no es válido el principio de las ventajas comparativas y, por tanto, cualquier sustitución de importaciones es económicamente, ventajosa, donde es posible a la vez incrementar la propensión al consumo y la propensión al ahorro y aumentar la tasa de inversión persiguiendo simultáneamente al inversionista nacional y extranjero y fomentando demagógicamente la elevación inmediata de los patrones de consumo. Un sistema que funciona, además, en una

comunidad dual donde coexisten en el mismo momento y nacidos de la misma sociedad, una clase de gobernantes y funcionarios públicos dotados de infinita bondad y sabiduría a quienes, por consiguiente debe otorgárseles las mayores atribuciones y poderes y una clase primitiva de empresarios rapaces y deshonestos y consumidores irracionales cuya libertad de acción debe comprimirse en la medida de lo posible. Empresarios que son, a su vez, extraordinariamente inconsistentes en su conducta pues si bien están dominados por el demonio del lucro y son incapaces de pensar en el bienestar general de la comunidad, carecen del raciocinio necesario para que este incentivo haga funcionar los mecanismos de selección de la libre competencia.

Para colmo de males, este reino sui generis está rodeado y explotado por el grupo de los países ricos o capitalistas donde sin embargo, tampoco funciona el mecanismo de los precios y que fija arbitrariamente y en comovedora unanimidad los beneficios que recibe por sus productos industrializados y las pérdidas que impone a los oprimidos en la venta de sus materias primas.

Tal es el cuadro apocalíptico que presentaron los profetas de la nueva religión. Del mismo surgen, ahora si aplicando los silogismos tradicionales, los principios de política económica que han llevado a la degradación de los países que cayeron en esta trampa conceptual. Interesa señalar algunos de ellos.

El primero consistió en el desprecio por la estabilidad monetaria y las normas de disciplina fiscal y dineraria que le sirven de sustento. En una primera instancia y en una versión extrema de la doctrina keynesiana del presupuesto deficitario que hubiese horrorizado a su propio autor, se argumentó que la inflación era poco menos que indispensable para acelerar el crecimiento. Más tarde una versión más moderada de la misma doctrina concluyó que si bien la inflación era, en principio, indeseable, significaba un mal congénito del llamado «subdesarrollo». Nada queda en pie de esta aventura ideológica frente a la incontrastable realidad latinoamericana donde han crecido a ritmo más satisfactorio las economías de los países que mantuvieron mayor estabilidad monetaria (Méjico, Centroamérica, Perú, Ecuador y Venezuela) y se estancaron o retrocedieron los países sumergidos en el caos inflacionario (Argentina, Chile, Uruguay y Bolivia).

El segundo error refiere a la política comercial y cambiaria. Como consecuencia de uno de los dogmas de este nuevo testamento, que algún economista rioplatense denominó irrespetuosamente el tango triste de los términos del intercambio, el remedio para semejante deterioro debe encontrarse en el «pesimismo exportador» esto es, en castigar mediante el manejo de la tasa de cambio y del régimen impositivo, aquellas producciones exportables donde el país tiene ventajas comparativas en el mercado internacional y, en cambio, subsidiar mediante altísimas barreras arancelarias o aún la protección infinita de la prohibición absoluta o de la restricción cuantitativa cualquier sustitución de importaciones, independientemente del sacrificio del consumidor y de la relación de precios entre la producción interna y la externa. Se obtiene de tal modo una transferencia de recursos en dirección inversa a lo que aconseja el buen sentido y el país se encuentra en definitiva con una contracción en su producción competitiva exportable y con un desequilibrio en su balance de pagos que es consecuencia y no causa de la política adoptada. Es un ejemplo precioso de lo que Merton llamó en cierta oportunidad «la profecía que se cumple a sí

misma». Esto es, cuando un diagnóstico falso de una determinada situación provoca un comportamiento cuyo efecto es precisamente la aparición del fenómeno que quiso evitarse.

Esta sobrevaloración de la sustitución de importaciones y el castigo del sector exportador conducen «pari passu» a la contaminación pública del mito autárquico y a la creación de una economía carcelaria al estilo de la que el Dr Schacht construyó para uso de la Alemania de Hitler pero que, al menos en ese caso, estaba justificada por objetivos superiores dictados por la estrategia militar. Constituye un hecho afortunado que los países latinoamericanos hayan advertido a tiempo la falsedad de estas ideas y concentren ahora su esfuerzo en un proceso de integración económica y de apertura de mercados que significa un brusco cambio de rumbo en el proceso que los llevaba al aislamiento y a la inefficiencia .

El tercer error que nos interesa señalar tiene que ver con la obsesión estructuralista y la manía planificadora. Decía hace algún tiempo un integrante de la frondosa tecnocracia internacional que es, en buena parte gestora y beneficiaria de los extravíos a que aludimos, que en el mundo existían tres tipos de planificación: la socialista, que es coercitiva; la francesa, que es indicativa; y la latinoamericana, que es decorativa. Sin entrar a analizar la precisión del acertado contenido en esta chanza, el hecho es que han proliferado en la región organismos dedicados a la tarea de formular predicciones que rara vez se cumplen, ampliar el campo de acción de un Estado dominado por la inefficiencia cuando no por la corrupción y, en nombre de ese Estado, dictar normas al sector privado aumentando las imperfecciones del mercado por la vía de limitaciones constantes a la libertad de precios y de movimiento de capitales y otros recursos productivos como la tierra y el trabajo. Nos referimos particularmente a los países del llamado «cono sur» de la América Latina que mejor conocemos por experiencia propia y donde no puede menos que calificarse de nocivo el efecto de lo que un agudo periodista observador de la escena llamó «las cogitaciones kafkianas que abruman a los tenedores de libros». Y en verdad es lamentable observar la falta de realismo de las elucubraciones de estos expertos de la planificación promoviendo las más increíbles «reformas de estructura» mediante larguísimos textos leguleyos en momentos en que sus respectivos países se debaten en la más descabellada inflación, abrumados por el empapelamiento irresponsable de sus bancos centrales transformados en sucursales de la tesorería del Estado y en que huyen en masa hombres y capitales en busca del orden y de la estabilidad financiera que es la única base sana del crecimiento económico.

La tiranía del espacio nos impide continuar en esta exploración de la irracionalidad en materia de política económica. Afortunadamente podemos hablar de ella como una cosa del pasado aunque no falten quienes evocan con nostalgia la «belle époque» de su apogeo. Restañando las heridas recibidas de manos de los charlatanes y de los demagogos, la América Latina se encamina por el sendero difícil y prometedor del realismo y del trabajo, de la disciplina y del ahorro, de la inversión sin mentalidad faraónica y del restablecimiento del consumidor como el verdadero protagonista de la actividad económica.

In pessima república. plurimae leges

(Expresión latina: A mal gobierno, muchas leyes)